

Inglaterra. Pero existe en mi opinión un objetivo universal, de primordial importancia para la Sociedad de Naciones y de gran interés para España, y es lo que pudiéramos llamar Instituto de Purificación Histórica.

Trataríase de una institución encargada de estudiar los problemas históricos para permitir situarlos en una perspectiva razonable y evitar su presentación parcial. Problemas como el de la Inquisición, el Descubrimiento de América, el de la Reforma, el de la Política comercial, cuyo estudio documental exige la cooperación internacional en grande y un espíritu sereno y neutral, al ser purificados por la luz de la verdad histórica, quitarían a las generaciones futuras mucho de la estrechez nacionalista que padecen las presentes. Para una obra como la apuntada, España podría ofrecer inmediatamente su apoyo, segura de que pocos son los pueblos del mundo a quienes más aprovecharía un baño de la luz de la verdad.

SANCHO QUIJANO

(*El Sol*, Madrid).

Carta a los intelectuales de Chile

Señores Armando Donoso, Eduardo Barrios,

Hernán Díaz, R. Meza...

Queridos compañeros:

Esto de escribir cartas a una persona o a un grupo de personas es agradable y útil. Hace días el Sr. García Calderón don Ventura, hermano del literato peruano don Francisco, se permitió escribir una larguísima carta a nuestro querido maestro Fitz-Maurice Kelly, el cual por tener el capricho de morir no la pudo gozar; aún, creo que el Sr. Calderón garabateó la tal carta a sabiendas de que el aparato digestivo del maestro inglés ya había dejado de funcionar, y sólo porque el señor Fitz-Maurice Kelly cita en una de las páginas de su Manual el nombre del Sr. Calderón, con un adjetivo. Por dos palabras ha escrito nuestro amigo un artículo larguísimo; nada tiene de raro que yo dedique a Uds. unas cuantas cuartillas, amistosamente, a propósito del célebre manifiesto que Uds. dieron a luz con motivo del golpe de estado del general Altamirano. Después del manifiesto de los intelectuales alemanes durante la guerra estas maneras de expresión se han hecho clásicas en este pequeño mundo en que vivimos. Vamos al hueso de este asunto. Alessandri como hombre justiciero quiso premiar los esfuerzos de quienes se dedican al servicio del país. Yo no discuto si estos servicios han sido buenos o malos para la nación, pero todo trabajo debe ser remunerado. Ahora bien, los militares que nunca han hecho nada por el país si no es comerle gran parte del presupuesto, se indignan ante la posibilidad de que los parlamentarios reciban el humilde salario de dos mil pesos chilenos por mes como recompensa, por dedicar gran parte de sus actividades al servicio del estado. Entre estas dos instituciones no cabe duda que el ejército es mucho menos necesario y por lo tanto sus servicios no deberían ser retribuidos. Decía que cuando Alessandri pensó recompensar a sus diputados y sena-

dores, los señores oficiales creyeron que esto era una forma de estafar a la nación y decidieron oponerse a tal proyecto. Los parlamentarios representan la palabrería y algo de la idea; los militares, la fuerza bruta y la violencia. Los militares pueden hacerse oír en las cámaras, pero esta vez deciden imponerse violentos y armados de todas sus armas (es una figura); unos cuantos oficiales jóvenes asisten a una sesión del congreso para amedrentar con su presencia de cucos a estos niños desordenados. Algunos políticos protestan de esta amenaza y al otro día, reciben los padrinos de estos oficiales, es decir, o deben declarar la acción de los soldados justa y necesaria o deben ofrecerse como apetitosas chuletas al cuchillo tajante de los guerreros del glorioso ejército chileno. Afortunadamente los políticos, hombres cultos y modernos, se negaron a aceptar tan desigual y desafortunado combate. El general Altamirano, jefe de los rebeldes, se apodera del gobierno. Alessandri es obligado a salir del país y se forma un directorio militar. ¿Y la Constitución? Un pedazo de papel que no merece tomarse en cuenta. ¿Es esto revolución? No. Es algo peor, es una traición a un grupo de hombres liberales; aquí no hay dos partidos, dos corrientes ideológicas, dos concepciones diferentes de patriotismo; aquí hay la razón y la fuerza y como siempre, triunfa la última. Lenin, a pesar de todos los crímenes cometidos por su partido, es ante todo un idealista con un sistema definido de reformas; Mussolini es el originador de estos golpes audaces de gobierno que producen una larga era de disturbios e injusticias. Primo de Rivera (lo recuerdo aún paseando por el Retiro con aires de emperador romano) es el antecedente inmediato de nuestro Altamirano.

Esto es en resumen lo que ha sucedido en Chile, y esto ni siquiera es original. Ahora bien, ustedes, amigos míos, intelectuales de avanzada, debieron haber combatido este régimen que viene a destruir los fundamentos de nuestra carta democrática, o por lo menos guardar un silencio decoroso. En cambio, (me da vergüenza decirlo a nuestros hombres de América) ustedes justifican esta violencia y se ponen de parte de los usurpadores. ¡Y qué honra aquella de no haber disparado un tiro en esta revolución pacífica! Ya tienen, amigos míos, al apóstol encaramado en la silla imperial y ya empiezan a cosechar lo que han sembrado. Ugalde ha salido desterrado de su patria por incitar la rebelión entre los soldados. Se establece la censura periodística y los generales del Directorio (¿Hablamos de España o de Chile?) declaran que no tolerarán ningún artículo que vaya en contra de los principios fundamentales de su programa de trabajo. Supongo que a esta hora todos los oficiales del ejército se habrán aumentado el sueldo, etc. etc. Usted, Barrios, que conoce tan bien a Martí, sabe lo que significa la libertad total para los hombres libres de nuestro continente. Usted, Donoso, debe de conocer aquel célebre artículo de Bolívar en que presiente que el futuro de los países americanos es el de convertirse en insignificantes autocracias a causa de su mulatez, de su ignorancia, de su pereza. Si Bolívar, que ha sido el único hombre americano capaz de ser emperador y todo lo demás, viese hoy a su país en manos de un carnicero, al Perú bajo la pata de Leguía, a Chile en manos de dictadores, acaso renegaría una vez más de su obra inoportuna. Yo no quiero creer